

**Palabras del Dr. Jorge Espino Vela pronunciadas en representación  
de los Académicos de nuevo ingreso en la sesión de  
su recepción el día 16 de junio de 1965.**

Honorables miembros del Presidium,  
Señores médicos y amigos,  
Señoras y señores:

Al aceptar la honrosa designación de tomar la palabra a nombre de los que hoy nos iniciamos en la Academia de Medicina, he querido emplear el género epistolar en la siguiente forma:

Querido amigo:

Tengo una noticia importante que contarte: Se me confiere hoy el honor más señalado de mi vida académica de médico, y esto sólo, basta para llenarme de un extraño sentimiento, mezcla de emoción y de cierta incredulidad. En mi fuero interno hay una grata, profunda sensación de haber alcanzado la mayoría de edad para estar al lado de mis maestros.

Se me otorga además el privilegio de ser portavoz de varios colegas, de varios iniciados como yo, al decir las palabras con las que se recibe la distinción de ingresar a esta Señorial y Noble, Centenaria Academia de Medicina. Me llena de emoción, entre otras cosas, porque debo procurar que lo que yo exprese, sea el sentir de todos los que me acompañan en esta iniciación.

Comprende, pues, amigo mío, mi estado de ánimo en este verdadero trance. Es un honor y es un serio compromiso el que nuestros maestros han confiado en mis manos. ¿Qué podré decir para expresar todo ésto, gratitud y viva emoción?

Querría decirles cosas que sólo los maestros saben decir en ocasiones solemnes como ésta y frente a un auditorio distinguido. Haré un esfuerzo y diré varias cosas; espero que mis compañeros estén de acuerdo en tesis general con mis ideas.

Diré que todos los que nos iniciamos hoy, hemos "doblado el Cabo de Buena Esperanza." Algunos lo hicimos hace ya cerca de tres lustros. Recuerdo que hace poco me refería a esta época de la vida del hombre, cuando se hacía honor a uno de mis maestros y amigos; pero decía yo que don Alfonso Reyes puso esa fecha a una edad muy joven, así me lo parece al menos; que la madurez que

dá haber rodeado el Cabo de Buena Esperanza, probablemente se adquiere mejor a los 40 que a los 30 años. Que tengo para mí que la época de mejor productividad del hombre está después de esa edad; en todo caso, su productividad más juiciosa y la que mejor le dirige a sus metas: a alcanzar las costas de las Indias.

Sí amigo mío. Dáte cuenta de que muchos de nosotros, nuevos iniciados ya enfilamos hacia el medio siglo de existencia y hemos caminado más de la mitad de ese viaje que lleva a un lugar que está más allá de las Indias. Dáte cuenta también de que algunos nunca llegan ni siquiera a divisar la costa de las Indias y que a muchos les sorprende una de esas tempestades del Mar Indico que les hace zozobrar entre los 50 y los 60 años.

Raros son, y bienaventurados los que llegan a su meta; y más todavía los que regresan a su puerto de origen cargados de conquistas bien ganadas en otros mundos. Se me viene a la mente la escena del descubrimiento del Océano Pacífico, magnífica y enorme conquista humana: . . . "Balboa quiere ser el primero. Que todos le esperen en la falda del cerro; él sube solo. Ya no se oyen sino las zancadas del capitán. Como estatuas, inmóviles, sus compañeros le ven subir. Cada rama de arbusto que quiebra, cada piedra que pisan sus botas, llena el enorme silencio y resuena en el alma con el batir de los corazones. ¡Ahí está! ¡El mar! ¡El mar! ¡La azul, profunda infinita llanura de las aguas, que apenas riza el viento! Son las diez de la mañana. El aire, transparente. Una ola de encaje se dibuja en las playas lejanas. Balboa cae de rodillas. Alza las manos al cielo. Hce una oración que se ahoga entre sus propias lágrimas. . ."

Disculpame, amigo mío. Me distraje para evocar esa escena de una gran conquista.

Cada quien, según sus fuerzas, se me ocurre que bien podría yo decir que todos los que vamos a iniciarnos en la Academia hemos alcanzado uno de esos jalones que hay a lo largo de nuestras vidas. El que en esta ocasión conquistamos—dicho sea de paso, por la benevolencia de nuestros maestros— es uno de esos jalones, que reconfortan y que dan aliento; pero al mismo tiempo obliga a mayores empresas. No es ocasión más que para hacer un alto, restaurar fuerzas y seguir adelante.

Y ahora se me ocurre preguntarme, y esto se le ocurriría a cualquiera: ¿Y qué tipo de conquistas son esas? ¿Con provecho para quién? Me apresuraría a contestar: Son conquistas del espíritu; de esas que no dan comodidad material pero que le llenan a uno, en cierta medida, de una fuerza interior que le anima a seguir adelante en bien de lo noble y lo bueno que tiene nuestra misión. Son conquistas que se pueden saborear en esas noches en las que el hogar duerme y no se concilia el sueño y se puede uno decir con recogimiento y austeridad que ha procurado alcanzar y que ha alcanzado algo intrínsecamente bueno. Y también agregaría: Admito que hay una dosis de satisfacción del ego en todo ello,

lo reconozco; pero eso, sin perjuicio de que se pueda orgullosamente decir que se comparte y se otorga satisfacción a quienes nos han dado la vida y a la familia que hemos formado. Y no sólo eso, sino que esta conquista (y que se me perdone el que emplee yo este término... y que sean indulgentes nuestros maestros en ésto), esta conquista, es suceso que trasciende a los planos social y nacional cuando menos.

En fin, amigo mío, me gustaría decir que muchos estudios hechos por ilustres compatriotas en el plano social, hablan de que el mexicano no se ha encontrado a sí mismo y que en las raíces de este hecho singular y ciertamente triste, hay resabios de choque de razas, de conquista sufrida; de fusión tensa de culturas. Que nos falta perfilarnos con línea segura y definida, como el nuevo pueblo que se ha trazado metas ambiciosas y que piensa que tiene bien marcados sus derroteros. Se me ocurre que ningún sitio como esta Noble Academia para lograr esa integración, al menos en nuestro papel de médicos.

Diré que venimos aquí con la humildad del iniciado; pero con la convicción de que un destino elevado de esta patria nuestra, nos da la fuerza para luchar y alcanzar esas ambiciones que en esencia son el bienestar del género humano. Y observa, querido amigo, cómo insensiblemente he llegado a elevar a la Academia en mi pensamiento al plano, ya no internacional, sino universal.

Es cierto, el hombre está en el plano universal. Se le alcanza a ese nivel con pocas cosas: con la universalidad del lenguaje de los poetas y con el pensamiento de los filósofos o con la maravillosa esencia de la música.

Podría aventurarme a decir que cuando la medicina alcance la dimensión de la filosofía en una especie de ecuación donde se confundan la bondad —la más sublime de las virtudes humanas, como quería Rolland— y la comprensión, se habrán cumplido anhelos tan viejos como la historia de la humanidad y tan eternos como el infinito.

Te darás cuenta de que la Academia tiene una misión limitada a la Medicina, y de que en ella, como en el jardín de la antigua Grecia, se admite en su seno a quienes quieren dialogar en busca de la verdad. Pero la verdad también es universal y no se limita a la Medicina. Por eso podemos imaginar que podrían darse cita aquí los espíritus más refinados de las culturas de todos los tiempos; los de los grandes buscadores de la verdad, que los ha habido en todo el orbe y en todos los géneros y nos inspirarían con su ejemplo para unirnos a ellos en esa búsqueda.

Te confieso que aun cuando quisiera hablar de la verdad, no me atrevo a hacerlo. Si lo menciono es porque en la Academia se busca la verdad, aunque estoy seguro de que no se busca aquella verdad seca y fría de una razón matemática o la de un hallazgo de microscopía electrónica por sí mismo, como conocimiento que sólo forma acervo de la ciencia pura. No. Estoy convencido de que

aquí debe entablarse el diálogo de esa búsqueda, al calor de los más elevados anhelos humanos, aquéllos que van cargados de bondad y comprensión como lo dije antes; como nos lo han predicado nuestros sabios maestros y nos lo habían inculcado nuestros padres.

¿Ves, querido amigo, cómo se ha llegado a tratar de darle unidad a mi pensamiento tan difuso? ¿Adivinas que quiero decir que en la Academia pueden cristalizar como una sola idea indisoluble la Medicina, la Filosofía, la Bondad y la Verdad?

No te distraeré más. Pero por lo que te he dicho te percatarás de cuántos valores encierra la Academia de Medicina y qué gran oportunidad nos dá de cultivarlos.

Sé que en el corazón de cada uno de nosotros hay un deseo incontenible de elevar el nivel de nuestra patria y que hay veces que quisiéramos tener enormes poderes para resolver tantos y tantos problemas. Entraremos a la Academia, decía yo, con humildad y admitiendo que aun cuando estemos dispuestos a conquistar el mundo, habremos de laborar callada y tenazmente en nuestra propia esfera, esforzándonos por hacerlo bien y por merecer el título de Académicos.

La Academia espera de nosotros, no lo dudes un instante, que cultivemos nuestro pensamiento en todas las ideas que te he expuesto y que respondamos a la excelsa sentencia del filósofo: *la de igualar con la vida el pensamiento.*